

# Chaser,

el perro más listo  
del mundo

JOHN W. PILLEY

con la colaboración de HILARY HINZMANN

DESCUBRE CÓMO DESARROLLAR AL MÁXIMO  
LA INTELIGENCIA DE TU AMIGO CANINO



# Chaser,

el perro más listo  
del mundo



JOHN W. PILLEY

con la colaboración de  
HILARY HINZMANN

DESCUBRE CÓMO DESARROLLAR AL MÁXIMO  
LA INTELIGENCIA DE TU AMIGO CANINO

**RIANA**

## índice

1. El perro que sabe mil palabras
  2. Adiós
  3. Navidad en junio
  4. Dejar que el cachorro sea cachorro
  5. "¡Tienen que llamarla Chaser!"
  6. Chaser aprende qué no perseguir
  7. Escuchando al granjero
  8. Aprender mediante el juego
  9. Pastoreando palabras
  10. Pastoreando ovejas
  11. Lecciones avanzadas
  12. Haciéndome publicar
  13. Nos volvimos virales
  14. Chaser saluda ante el público
  15. Chaser va a Washington
  16. Alargando la conversación
- Epílogo. Desatando el talento de Chaser  
Agradecimientos  
Acerca del autor  
Créditos

*Para Sally*

*Hay algunas verdades sencillas...  
y los perros saben cuáles son.*  
Joseph Duemer, *A Dog's Book of Truths*

1

---

EL PERRO QUE SABE MIL PALABRAS

LOS CASI VEINTE NIÑOS Y NIÑAS DE NUEVE AÑOS SE RETORCIERON en sus asientos y murmuraron cuando Chaser entró en el salón de cuarto grado de la Escuela Pública 31 en Brooklyn.

“¡Ya llegó!”.

“Se ve más grande que en la televisión”.

“¡Es tan linda!”.

Los pequeños pupitres de los niños habían sido colocados en la parte de atrás y a los lados del salón, de manera que todos tenían una buena vista del espacio que había quedado despejado al frente del salón.

Solté a Chaser de la correa y fue directamente hacia mi nieto, Aidan, que estaba sentado al final de la primera fila con una inmensa sonrisa dibujada en su cara.

Aidan nos había suplicado que lleváramos a Chaser a su clase. Le había platicado a su maestra, la señora Tapper, sobre nuestro viaje a Nueva York para participar en varias entrevistas de televisión a nivel nacional, y la mayoría de sus compañeros de clase había visto a Chaser en el programa *Nova scienceNow*<sup>1</sup> unos días antes mostrar sus inauditas habilidades con el lenguaje. Y aquí estábamos, a punto de hacer una demostración en vivo a la clase.

Después de saludar a Aidan, Chaser se dirigió a los otros niños, observando a cada uno expectante y moviendo la cola. Cuando alguno de los compañeros de Aidan se inclinaba para acariciarla, su cola se movía más rápido y su lengua colgaba de su hocico en una mueca canina exultante.

Chaser no es una perra imponente físicamente. Es una border collie de tamaño normal, mide cerca de cincuenta centímetros de alto y pesa alrededor de dieciocho kilos. Su mullido pelaje es casi blanco con manchas grises y salpicaduras negras, con excepción de grandes parches negros en el lado izquierdo de su cabeza, a ambos lados de su torso y en sus patas traseras. Aunque está llena de energía, en general posee un temperamento apacible. Con frecuencia le digo a la gente: "Ella es una amante y no una guerrera".

No obstante, unos cuantos niños se sentían cohibidos de acariciar a Chaser. Cualquier perro puede resultar intimidante para quienes no están acostumbrados a ellos. Sin embargo, Chaser tiene mucha experiencia con los niños. Sabe que son los mejores posibles candidatos para su actividad preferida: jugar. Se contoneaba, retorció y movía la cola de manera irresistible frente a los chicos más tímidos, y pronto incluso los más renuentes le sonreían.

Era momento de empezar. Solo teníamos una hora y había mucho que mostrar. La directora, señora Scarlato, llegó y se colocó en el fondo del salón con su cámara, y la señora Tapper presentó a mi esposa, Sally, a nuestra hija (la mamá de Aidan) y a mí a la clase. Entonces llamé a Chaser, que se echó a mis pies.

"Soy el doctor Pilley", dije a los niños, "y soy un científico. ¿Alguien me puede decir qué hacen los científicos?".

La mano de un niño se alzó y lo señaló. "Los científicos inventan cosas", dijo. Otro añadió: "Observan las estrellas y rocas y cosas por el estilo". Y una niña agregó: "Estudian las planta y los animales también".

Les pregunté: "¿Por qué los científicos estudian cosas como rocas, estrellas, océanos, plantas y animales? ¿Qué bus-

can?”.

Otra niña respondió: “Quieren descubrir cosas”.

“¡Ajá, eso es! Eso es lo que buscan los científicos: ¡descubrimientos! Chaser y yo hemos estado tratando de descubrir cuánto lenguaje humano puede aprender”. Considero a Chaser mi colega y asistente de investigación más que un sujeto de experimentación. De la misma manera que forma parte de mi familia, es la otra mitad de mi equipo de investigación. “Creo que escucharon que Chaser sabe más de mil palabras”.

Las semanas previas había habido muchos titulares en todo el mundo sobre Chaser. Todo empezó justo antes de Navidad, con la publicación en línea de un artículo científico con arbitraje sobre mi investigación con Chaser. Lo escribí con la colaboración de Alliston Reid, un antiguo alumno mío del Wofford College, en Spartanburg, Carolina del Sur, donde me sucedió como profesor de psicología.

El artículo, publicado primero en línea y posteriormente impreso por la revista británica *Behavioural Processes*, informaba que Chaser había aprendido y retenido los nombres propios de mil veintidós objetos en un lapso de tres años. También ha aprendido a entender y distinguir los diferentes significados de nombres propios y órdenes, y por lo menos tres nombres comunes o palabras que representan categorías totales de cosas. Más todavía, puede aprender una nueva palabra por exclusión, o sea, puede inferir la relación existente entre un nombre que nunca antes ha escuchado y un objeto que nunca ha visto anteriormente, eligiendo un nuevo objeto de un grupo de objetos cuyos nombres ya conoce. Estas son habilidades que normalmente se ven en niños de uno a dos años cuando están aprendiendo a hablar, y existe un encarnizado debate entre los científicos sobre si es posible que los animales puedan hacer lo mismo.

El 8 de diciembre de 2010, el día que se publicó el artículo en la red, recibí una llamada de un reportero de la re-



vista británica *The New Scientist*. Dos semanas más tarde, la edición en línea de *The New Scientist* publicó una historia bajo el título de *Border collie logra el récord del vocabulario más amplio*. El teléfono empezó a sonar sin parar y mi carpeta de entrada de mi correo electrónico se empezó a llenar con mensajes de los medios impresos, electrónicos y televisivos. Durante la semana de Navidad a Año Nuevo la historia de Chaser se volvió "viral", como me explicó el marido de Debbie.

En más de cuarenta y seis idiomas, los titulares iban de la tontería a la seriedad. El *National Examiner* puso a Chaser en la portada junto a Brad Pitt y Charlie Sheen. La mayor parte de la atención de los medios se centraba en que Chaser sabía más de mil palabras, lo que, como MSNBC<sup>2</sup> hizo notar, es más de lo que la mayor parte de los niños que empiezan a hablar saben. También hubo muchas especulaciones en el sentido de si Chaser era "el perro más listo del mundo".

"Hasta donde sabemos", dije a la clase, "Chaser conoce más palabras que cualquier otro perro. De hecho, sabe más palabras que cualquier otro animal con excepción de los humanos. Vamos a demostrar cómo Chaser aprende palabras en un minuto. Pero primero quiero mostrarles algunos conocimientos que comparte con muchos border collies".

Abrí la caja de plástico que habíamos traído y les mostré a los niños lo que había en ella: veinte juguetes de Chaser, en su mayoría animales y muñecos de peluche, así como pelotas y *frisbees* (la palabra con la que designamos cualquier disco giratorio de juguete). Cada uno tenía un nombre escrito con tinta indeleble, como Bamboozel, Frat Rat, Oso, Croc, Bob Esponja, ABC, Prancer y Santa Claus. Entre el resto de sus juguetes en casa había más de un osito de peluche, pero los otros osos tenían nombres únicos que no se repetían. Eso permitía que Chaser los conservara en su cabeza.

Coloqué uno de los juguetes, un *frisbee* de hule espuma con el nombre Flipflopเปอร์ escrito sobre él, en el piso a aproximadamente dos y medio metros de Chaser. Tenía la cabeza baja, como si no tuviera ningún interés en lo que yo estaba haciendo. Solo la experiencia me decía que estaba "con un ojo al gato y otro al garabato", como dice un entrenador de border collies. Flipflopเปอร์ era uno de los muchos juguetes con nombre, una de las mil veintidós ovejas sustitutas que había adquirido en su entrenamiento con el lenguaje. Cualquier actividad con Flipflopเปอร์ era importante para ella.

Con las orejas bajas y los ojos entrecerrados, parecía que Chaser estaba en estado de trance, como más de un periodista la ha descrito en esos momentos. Pero tenía las piernas y patas recogidas bajo su cuerpo. Ese era el único signo que delataba que estaba lista para entrar en acción tan pronto yo pronunciara las palabras que le indicaran qué quería que hiciera.

"Chaser, vas", le dije, utilizando las palabras que los pastores han usado tradicionalmente para dirigir a sus perros hacia alguna oveja.

Al instante Chaser se levantó y se dirigió hacia el *frisbee* de hule espuma.

"Ahí", dije, y Chaser se detuvo completamente.

"Chaser, vas a derecha", dije, y caminó alrededor del *frisbee* en el sentido de las manecillas del reloj.

"Ahí", dije, y se detuvo otra vez.

"Chaser, vas a izquierda", dije, y caminó alrededor del *frisbee* en sentido contrario.

Los niños murmuraban interesados e inclinaban sus sillas hacia adelante.

"Ahí", dije, y Chaser se detuvo totalmente otra vez.

"Chaser, abajo", y cayó sobre su panza.

Algunos niños dejaron escapar unas risitas.

"Chaser, arrástrate", dije, y empezó a arrastrarse dirigiéndose hacia el *frisbee*. Hubo más risitas entre los niños.

“Chaser, ¡uno, dos, tres, toma!”. Pronuncié la señal que la autorizaba a lanzarse hacia el juguete y tomarlo con el hocico. Empezó a sacudir el *frisbee* con deleite, arrancando el aplauso de los niños, y la alenté para que continuara en ello durante diez o quince segundos. Entonces le dije: “Chaser, trae a Flipflop. Pon a Flipflop en la caja”.

Cuando hubo dejado a Flipflop en la caja, le dije a la clase: “Ese es el premio de Chaser. Puede jugar con el juguete. En una granja ovejera la recompensa sería pastorear a las ovejas. Los border collies tienen un fuerte instinto de manada, y eso es lo que más les gusta. En el caso de Chaser, cada uno de estos juguetes representa una oveja que tiene que pastorear de diferentes formas. Como les dije, conoce más de mil objetos por su nombre. El perro que más se le acercaba, un border collie en Alemania llamado Rico, sabía cerca de doscientas palabras, y Rico fue parte de mi inspiración para el estudio científico que Chaser y yo hemos llevado a cabo. Ahora les enseñaré cómo aprende Chaser las palabras”.

Había escrito los nombres de cuatro juguetes que estaban en la caja en unas tarjetas, y se las di a dos niños y dos niñas.

“No lean en voz alta lo que está en su tarjeta todavía”, les expliqué. “Primero le pediré a Chaser que encuentre algunos juguetes por su nombre. Y después les pediré a ustedes cuatro que le digan a Chaser que busque los juguetes cuyos nombres están escritos en las tarjetas”.

Vací los juguetes de la caja todos revueltos sobre el piso, a algunos centímetros de distancia de donde estaba Chaser. Otra vez tenía la cabeza baja como si no tuviera ningún interés en lo que yo estaba haciendo. Me le acerqué y le dije: “Chaser, encuentra a Bob Esponja”.

Chaser se levantó y caminó hacia los juguetes. Los miró durante un momento, localizó a Bob Esponja hasta abajo del montón y lo jaló para sacarlo. Eso realmente entusiasmó a los niños.

“Sacude a Bob Esponja, Chaser”, le dije, para que disfrutara un momento de juego como recompensa, y después hice que llevara el muñeco a la caja y lo guardara.

Pedí a Chaser que encontrara y me llevara más de nueve juguetes, llamando a cada uno por su nombre particular. Cuando quedaban diez juguetes en el suelo, un poco desperdigados por el hocico y las patas de Chaser, solicité a los cuatro estudiantes que uno a uno le pidieran a Chaser que encontrara los juguetes cuyos nombres estaban escritos en las tarjetas.

“Chaser, encuentra a Santa Claus”, dijo el primero.

“Chaser, encuentra a Bamboozel”, dijo el segundo.

“Chaser, encuentra a Mickey Mouse”, dijo la tercera.

“Chaser, encuentra a Croc”, dijo la cuarta.

Uno a uno, Chaser encontró los juguetes. Después de un momento de juego con cada uno, lo que siempre era su delicia, le pedía que lo depositara en la caja.

Cada vez que Chaser hacía algo que alguno de los alumnos le pedía, el salón se entusiasmaba más y más. Era una pena que no pudiéramos darles la oportunidad a todos de trabajar con ella. Pero en el tiempo que nos sobraba quería mostrar a los chicos dos aspectos más del aprendizaje de palabras de Chaser.

Antes, había preguntado a los niños cuántos tenían perro en su casa, y cerca de la mitad tenía. Cuando hago demostraciones en salones de clase donde la mayoría vive en casas con jardines traseros, prácticamente todo chico levanta la mano.

Entonces dije: “Cuando aquellos de ustedes que tienen perro le dicen: ‘Vamos a dar un paseo’, ¿creen que su perro entiende que cada una de esas palabras tiene un significado separado?”.

Todos respondieron: “No”.

“¿Qué palabra piensan que su perro conoce?”.

Los chicos dieron diferentes respuestas, pero el consenso fue que sus perros entendían la palabra “paseo”.

“Bueno, ‘es hora de dar un paseo’ es una frase más bien larga. ¿Qué tal algo más simple? Si ustedes avientan una pelota y dicen, ‘Busca pelota’, ¿su perro entiende que esas dos palabras tienen diferentes significados?”.

Era un pregunta difícil, pero los chicos finalmente decidieron que sus perros en realidad entendían solamente la parte “busca”.

“Muchos científicos piensan que eso es todo lo que un perro puede aprender. Dicen que los perros no entienden realmente que las diferentes palabras tienen significados separados; que solo aprenden a asociar sus palabras y gestos con ciertas acciones cuando ustedes quieren que las realicen, como ‘sentado’, ‘quieto’, ‘busca’. Chaser y yo hicimos otro experimento para probar exactamente eso”.

Tomé tres juguetes de Chaser, Oso, Croc y Prancer, y los coloqué en el suelo.

“Bien, clase, tenemos tres juguetes y podemos utilizar tres órdenes diferentes. Podemos pedir a Chaser que empuje con la nariz un juguete, lo toque con la pata o que lo tome, que significa que lo haga con el hocico. Y podemos combinar las tres órdenes con los tres objetos como queramos. Les muestro cómo”.

Sucesivamente pedí a Chaser que empujara con la nariz, tocara con la pata y tomara diferentes juguetes, y seleccioné a un par de estudiantes para que hicieran lo mismo.

“¿Qué piensan?”, les pregunté. “Si podemos usar diferentes órdenes con diferentes juguetes, ¿quiere decir que Chaser entiende que una palabra que designa una acción significa una cosa y que una palabra para un objeto significa otra cosa?”.

“¡Sí!”.

“Estoy de acuerdo con ustedes”, les respondí. No añadí que estaba a la espera de que algún científico en el campo del aprendizaje animal o el aprendizaje infantil encontrara alguna falla en mi experimento y arrojara dudas sobre sus resultados. Nadie lo hizo. De hecho, en los tres años poste-

riores a la publicación de la investigación en *Behavioural Processes* nadie ha refutado ninguno de sus hallazgos específicos, a pesar de que la controversia sobre el aprendizaje animal no ha cesado. Y mientras tanto, el aprendizaje de Chaser continúa, alcanzando alturas insospechadas que incluyen haber añadido muchos nombres comunes a su vocabulario, la comprensión de oraciones con tres elementos gramaticales y el progreso en el aprendizaje por imitación.

“Desearía que Chaser y yo pudiéramos pasar más tiempo con ustedes”, dije a la clase, “pero se nos acaba el tiempo y hay una cosa más que realmente deseo mostrarles. Chaser puede aprender el nombre de un objeto nuevo aunque no lo haya visto nunca o no haya escuchado su nombre antes, y lo puede hacer en un solo intento. Todos los juguetes que traje son objetos cuyos nombres Chaser conoce, por lo que necesitamos algo nuevo. Pero no queremos que Chaser lo vea todavía. Aidan, ¿por qué no llevas a Chaser atrás del escritorio de la señora Tapper? Así podemos asegurarnos de que no pueda ver nada”.

Aidan les sonrió a sus compañeros, observó a la señora Tapper para asegurarse de que no tenía ninguna objeción, llevó a Chaser atrás del escritorio y se agachó con ella. Para mayor seguridad tapó los ojos de Chaser con sus manos, y yo le agradecí que hiciera eso.

Entonces pregunté a la clase: “¿Alguien tiene un objeto que nos pueda servir?”.

Muchos niños levantaron la mano. Pero una niña de la segunda fila captó mi atención porque agitaba un monedero de plástico de un rojo brillante.

“Eso se ve muy bien”, dije tomando el monedero de su mano extendida. “¿Cómo lo vamos a llamar?”.

“¡Monedero!”, exclamaron varios niños.

“Podríamos hacer eso, pero Chaser ha escuchado la palabra monedero muchas veces, y probablemente sabe que la madre y la abuela de Aidan y otras personas utilizan monederos. Así que tal vez ya haya hecho una asociación en

su mente para la palabra 'monedero'. Queremos una palabra que sea totalmente nueva para Chaser. Puede ser cualquier cosa, puede ser incluso un sonido tonto como 'Woosh'. ¿Lo llamamos 'Woosh'?"

Eso desencadenó sonrisas y carcajadas. "Sí, llamémoslo 'Woosh'", convinieron los niños.

Entonces dije: "Vamos a colocar en el piso algunos objetos cuyos nombres Chaser ya conoce, y agregaremos este nuevo. Ella no sabe cómo es, y hasta el momento nunca ha escuchado el nombre especial que le estamos dando.

"Antes de que veamos si Chaser puede encontrar este objeto nuevo cuando se lo pidamos llamándolo por su nombre especial, hagamos que Chaser encuentre algunos objetos conocidos. Puede ocurrir que venga y tome el nuevo objeto solo porque es nuevo y siente curiosidad. A todos nos gusta jugar con cosas nuevas, ¿no es así?"

No mencioné a los niños que un conocido investigador en aprendizaje animal criticó un estudio sobre aprendizaje de palabras por el border collie Rico, precisamente porque este no establecía si el perro tenía "una marcada preferencia por la novedad" al aprender el nombre de un objeto nuevo. Esta fue una de muchas críticas que realizaron notables investigadores al estudio de Rico, el cual se publicó por la época en que Sally y yo tuvimos a Chaser de cachorro. Yo había diseñado mis propios experimentos —como pedir a Chaser que encontrara primero objetos familiares— con la esperanza de evitar ese tipo de críticas.

Pedí a Aidan que regresara a su asiento y llamé a Chaser y le dije: "Chaser, encuentra a Mongrel". Chaser encontró a Mongrel entre los juguetes. Después le indiqué que buscara otros juguetes bajo los nombres que había aprendido. Los encontró todos sin ningún problema, ignorando el objeto no conocido, demostrando con ello que no tenía una marcada preferencia por la novedad. Después de cada prueba con un juguete conocido, lo regresábamos al montón y los revolvíamos.